

Verónica Zondek

profundo en el mapa

Hay valles en el mapa que se acogen a ley de amnistía
y tallan con humo su memoria ósea
y no dejan rastro.

Hay valles en el mapa que construyen un nombre
y sobre el nombre erigen una importancia
y sobre ésta se visten de gala
y se inclinan con sed.

Hay valles en el mapa
como el suyo
que no son de luz ni olvido
y arrastran su ilusión hasta alguna cima
sólo para resbalar por la cota contraria
y volver a saborear el gusto a barro original.

En su valle y ahora
se sufre leve de mareo matutino
y todo está pronto a parirse en algún lecho tibio.

Hay
en la cantera más profunda del valle
un cartel cegado que reza:

mi vida
por dos cuencas que sepan ver.

Mapocho

El río atrae una bandada de pájaros.
Los pájaros visten negro traje y camisa blanca.
Los pájaros son cerdos voladores
y pastan el gris de la ciudad.
El sólo observa.
Inclina aterido el cuerpo
sobre un borde en el Puente Pedro de Valdivia.
Observa cómo sus trajes se tornan marrón.

Escucha caer un lamento en los cielos del olvido.

Santiago, el Valle de Gaviotas, es triste.
Es de tumulto tan grande
que el graznido feroz se desarma
y el ojo insiste en recordar cuerpos a la deriva:
carroña
carroña entrañable para cerdos sin vuelo.

Entre pluma tibia y tanta
la memoria encuentra asilo.
Es azul el horizonte y extensa

el ala posible.

pertenencia

Antiguo el valle donde gira un molino.
El recto camina su orgullo en la tierra.
Hay recuerdos cocidos al ala de un ave
y abundan
en medio del paso desarticulado de un reloj.
Una mujer lava su pelo y lo seca al sol.
Un niño juega con piedras y apuesta a ganador.
Un ojo se detiene en el color de una montaña:
es entero el deseo que se sostiene en el tiempo.
El viaje es sólo una sospecha incandescente.
Cae la añoranza sobre una ciudad mítica
donde las casas sean eternas y se hereden.
A nadie molesta la falta de caminos.

La necesidad no tiene cara de hereje.

tiempo

Un río fluye sin origen ni conciencia.

Busca placer y chispas de alegría.
Desmonta el cuerpo en Valle Verde
y en embeleso
mira crecer los árboles a la imagen de sí mismos.
Ve cómo la vida se pierde en su comienzo
y cómo en fértil la muerte aletea.

No ve hombres
ni mujeres
ni Dios.

El tiempo se detiene sin sombra.

El tiempo acoge lo que al cuerpo no le es dado perdonar.

cuando el hombre cuando el silencio cuando en el valle de la luna (I)

Errante
fabrica una mirada
y ausculta el latir de la piedra.
En el Valle de la Luna
una sombra abulta el camino
y las almas no penan.

La piedra es hogar inviolable.

Mano dura no hay para trizar el tiempo.
Un gran terral sostiene la eternidad.
Yacen aquí vidas sin muerte.
Las muertes son inconmensurables y tibias.

El ojo suyo no lo conmueve.
El ojo suyo refleja el silencio mío.
Devuelve el calor.
El se detiene.
Su ojo asume el dolor del guijarro.
Su ojo no viola la memoria.
Los pasos resuenan pétreos a pesar de la sordina.
Pesa la existencia.
Pesan las rocas.
Pesa la arena.

Aquí se conserva la sangre de cuerpos sacrificados.

La palabra sobra
cuando la piedra abunda.

entre piedras y huesos, la letra

Entre piedras y huesos
un monumento al condenado primero de esta masacre.

Se detiene.
Entierra su desgarró en Valle Maldito
para que procee en los planos desiertos de un abismo.

Valle Maldito guarda profundos silencios.
Valle Maldito guarda un temor amortajado
y nadie desea la muerte.

En Valle Maldito hace deambular el alfabeto.
Es cierta su condena al exilio.
Merodea la derrota entre restos humeantes.
Piensa su extinción.
Busca la seña que fue anterior al naufragio.

Piensa:
la memoria es signo reversible.

Un silencio acaricia su frente.

Celeste, un ave de rapiña respeta en un lejos
la inalterable tenacidad de esta letra.

Subo. Respiro profundo el azul. Trago el viento. Suspendo el ojo en el fondo mismo del acantilado. Posa él su cuerpo sobre la arena. El valle lo rodea sabedor bajo la niebla que no sube. Cree sentir el peso de su divagar. Cree gustar la saliva que le entorpece la lengua. Más allá del habla, sólo flota transportado quién sabe a dónde, a cuándo. No puede engarzar su mirada en la mía. No puedo besar sus labios levemente entreabiertos. No toco sus dedos en la huella delatora. Yace en la arena poco tibia. Separado está de mí por la náusea. Entregado a esta muerte de gotas húmedas en el descenso. Sin lujo que lo cubra. Cuerpo y ombligo borrados de un plumazo.

Tranquila. Veo un águila allá arriba apostada. Sé que me busca un resto de temblor. Nada le daré. Dejaré su aletear desesperado sobre mi alma repentina. Dejaré que vuele. Me quedo. Envuelta en aire, me quedo.

libre albedrío

Huye la indiferencia.

Entra a Valle Serpiente.

Ve fluir un diáfano como cualquier comienzo.

Toca un húmedo lecho de piedras que hablan.

Ve como un cuerpo traslamido por la tentación arrastra su vuelo.

Ve una lengua solitaria que traiciona.

Puede cometer un crimen.

Habita el cielo primigenio de un sueño

Arrastra el cuerpo por las piedras tibias.

Recorre el valle en busca de carne.

Los caminos se bifurcan.

No encuentra el bien ni el mal.

No encuentra dios que lo proteja de elegir.

púrpura y carnal

Miró y supo:

un valle es una hendidura en los labios silenciosos de la tierra.

Toda hendidura es una invitación.

Juega con la tibieza del vello en la vaguada.

No encuentra nostalgia en tocar.

Todo es presente ominoso.

Carga magnética y deseo.

Tocar y lamer.

Lamer y tocar.

Devorar

devorar el tibio pelillo de cuerpo tan carnal

y digerir

digerir el mismísimo púrpura de la complacencia.

dos cordilleras

Este es un valle de caballeros
y viene él ante ellos a calibrar su propia insignificancia
que así piensa
alivianará su carga.

Los caballeros son satisfechos
y se cruzan de brazos
a la espera de lo que el mundo les debe.
Sabén que la apariencia vale.
A nuestro caballero le pertenece una esquina.
En ella está de espera.
Su figura se rodea con luz transparente.
Es atractivo.

Luce un gel que lo hace fatal a los ojos de cualquiera.
Sobre su camisa y abrazando el cuello
lleva una corbata de flores ahorcadas.
Los colores son adecuados.
Es dueño de una señora adecuada.
Ha elegido un automóvil adecuado.
Vive en un barrio adecuado porque así ha de ser.
Habla siempre lo adecuado.
Es un triunfador.

Este valle es copia feliz del Edén
y portentoso cielo azulado
a los pies de un mar que tranquilo baña sólo su cuerpo escultural.
En este valle los viñedos son de exportación
y los árboles cargados de fruta
se sirven en mesas extranjeras.

Sobre la mesa de este caballero
no se ve todo el trigo que brilla
aunque se usen servilletas de papel

y plásticos manteles de encaje
y los comensales sonrían con una dentadura alba.

Aquí conviven dos cordilleras
y en la fresca hondonada
no hay escape.

preñez

En este valle
donde ha mujerido carne
y mucha por entre el hueso
se detiene el viajero y mira
sobre un peñasco que no sabe dónde
porque historia nada entiende
porque ojo aúpa cual turista.
Pero digo que este es valle de mi cuerpo por armar
vida por armar
caminantes y manos por hacer
en dejar incrustaciones muchas y preciosas
en ladera fertilísima
y lechos.

Está de pie. El ojo intenso clavado en el paisaje hendido que transita como incrustado en el monte. La hendidura cava, socava, se abre camino, ensancha un plano, soporta el sinuoso de un agua, se verdea, se abre como para mostrarle que también esta dura tierra de roca cerrada, es nada ante el bosque del tiempo. Está de pie. Mira. Observa cómo el valle se hace, se devora y se devuelve, y ya no más, ahí mismo se deshace, se desmonta y ya, fluye la conciencia, como río que moja sus barbas. Fluye y talla, fluye y reduce, fluye y marca, valle tras valle tras valle, hasta deletrear la tierra y mostrar la vocal del eterno gemido.

(El libro de los valles, Santiago, LOM Ediciones, 2003)

Fuego

Toda la carne un fuego.
Fuego el odio y fuego el amor.
Fuego en los hornos y en las mientes.
Fuego para el frío, Anguita
en el cocimiento brujeril de medianoche.
¿Cómo salvar del fuego Anguita?
¿Cómo tragar el dolor entre llamas azules
en la infernal hoguera de las Inquisiciones
o en la quema de libros con Torquemada
o en aquella última,
Anguita,
cuando incendiaron libros para sofocar revoluciones?
Y ¿qué de ese otro fuego tan perfecto
ese, el de Auschwitz,
rasgando carnes tan añejas y tan tiernas
o esas otras llamas
esas, las del Infierno católico ahora abolido?
Todo por nada:
el alma, dice el Papa,
siempre se salva
Anguita,
aunque tú no alcanzaras a saber.
Y ¿qué del fuego que calienta la olla común
o el fuego en los ojos de niños con sed
amuñados de tristeza en la costilla falta de terruño
refugiados por siglos y a la espera de la espera
abandonados en tanto territorio enemigo?
Y ¿qué de ese tan distinto
que azuzan los niños para derretir malvadiscos...?
O ¿qué del fuego fogón sureño
mariscos todos retorciéndose en su jugo
ellos en su salsa, nosotros comiendo
y del fuego que quema la entraña
y del otro, Anguita
ese que persiste en la memoria
que como siempre supiste
aplasta y entorpece la vida

o esos otros
los fuegos artificiales que arden el cielo
o misma yo
quemando papeles propios para evitarte
o mi padre
que ardió fuego también él hasta el humo
marchando en huesal anodino
sobre las aguas habitadas y turbias.

¡Qué fuego ni que fuego!, Anguita.
¿Qué fuego es ese que me amaga?
¡Qué fuego Anguita, que no sofoco
ni el ardor
ni la rabia ...!

(Inédito)